

# LA VOZ DE LOS BAJOS FONDOS

PABLO MARÍN

**S**oy un escritor de 61 años y padezco en estos momentos de una parálisis braquial severa, que me impide para siempre volver a escribir. No tengo ningún tipo de previsión y estoy en la miseria más absoluta. El año 62 publiqué un libro llamado *El Río* que tuvo gran resonancia internacional e incluso se tradujo al francés. (...) Actualmente estoy tratando de obtener que Su Excelencia me conceda una pensión de gracia para poder vivir junto a mis pequeños que hoy no tienen qué comer". Así relataba sus padecimientos -en carta a *La Segunda* del 11 de marzo de 1978- Alfredo Gómez Morel, quien pasó gran parte de su vida vinculado a la cárcel y el delito y cuya primera novela (*El Río*, reeditada por Sudamericana) reveló su propia vida como "pelusa" del río Mapocho, un pequeño universo en el que convivían la delincuencia, el hambre, la prostitución y también fuertes lealtades.

A 35 años de su publicación, el libro asoma como un testimonio violento y descarnado, ajeno a las convenciones literarias y a las

**A 35 años de su aparición, se reedita *El Río*, de Alfredo Gómez Morel, obra subterránea de la literatura chilena que relata las vicisitudes de un ex delincuente que se crió en la marginalidad del Mapocho.**

corrientes de moda. Igualmente, entrega una oportunidad para revisar la vida de un hombre que afirma que "nunca he sabido mi verdadera edad ni mi verdadero nombre" y que forjó en torno suyo un mito que se empieza a contar desde el preciso instante de su nacimiento.

"En 1917, y cuando tenía tres meses de edad, fui abandonado por mi madre en la puerta de un conventillo ubicado en la Alameda de las Delicias de San Felipe", afirma en un texto publicado por la revista *Paula* en 1971. Allí agrega que su padre "es don Agustín Gómez Aránguiz, hijo -a su vez- de don Agustín Gómez García, quien fue diputado durante la administración de Don Pedro Montt". La vida azarosa de Gómez Morel se desprende básicamente de sus propias palabras, las que hablan del paso por un orfanato sanfelipeño, del cual escapó prontamente para ir a parar a la casa de la viuda que lo acogió y lo bautizó como Vicente. Hasta allá

llegó su madre, la puntarenense Ana Morel Serrano, para recuperarlo y llevarlo a Santiago en compañía de uno de sus amantes, a quien Gómez Morel llamaba "Papá Mono". Su madre lo llamó Luis.

A los siete años llegó a la capital, fascinándose inmediatamente por lo que encontró en el Mapocho. El escritor Luis Rivano, a quien se suele encasillar en la misma corriente literaria de Gómez (ver recuadro), señala que por aquel tiempo "el río funcionaba como la patria, el barrio de los cabros que andan en la calle sin rumbo: ahí se juntan, pueden conseguir cigarrillos o intercambiar información".





Tras vanos intentos de su padre -quien lo llamó Alfredo y lo matriculó en la Gracitud Nacional- por recuperar su custodia, este hijo tardíamente reconocido huyó reiteradamente de las vejaciones que, según su testimonio, le practicaron "dos sacerdotes depravados sexuales".

De esta forma, el Río (que suele escribir con mayúscula, al

igual que el Hampa) se convirtió en una defensa natural frente a un mundo hostil y a una madre que se entendía con él a escobazos y lo trataba de "huacho de porquería". Sus compañeros de robos y aventuras, que lo llamaban Toño, se convirtieron en su único referente respetable, y la ciudad -injusta y ajena- pasó a ser un enemigo implacable, del cual la policía no era más que un síntoma. "El delincuente -explica Rivano-, el que pertenece al 'ambiente', conoce la corrupción de la sociedad mucho mejor que el 'gil' (el ciudadano común). Porque la policía, los juzgados, los gendarmes hacen con él un trabajo de corrupción que no hacen con la gente de afuera. Entonces el hampón tiene una visión muy negra de la sociedad y se pregunta, ¿con qué ropa me llaman delincuente a mí?".

**La traducción francesa (1974) contó con un prefacio de Pablo Neruda y fue incluida en una colección junto a Joyce y Vargas Llosa. La crítica gala, en tanto, lo comparó con Jean Genet.**

Pertenecer a esta marginalidad se transforma en un orgullo. Y escalar la pirámide social del hampa en todo un desafío; desde estar "pa' la carga" (portar el botín de una acción delictiva) hasta liderar un "bagallo" (robo). Pese a que hubo intentos por "enriolarlo" -que incluyeron su inscripción en el Patrocinio San José y en el Internado Barros Arana-, Gómez Morel volvía siempre a lo que consideraba su único hogar y a quienes veía como su verdadera familia. El delito sería su forma de vida y los prostíbulos su única distracción. En total, fue detenido 288 veces, en Chile y el resto de América Latina. "Ejerció" en Perú, Panamá, Cuba, Venezuela y Colombia. En este país formó su propia banda y el gobierno puso precio a su cabeza. En Argentina, además, fue hombre fuerte de Patricio Kelly, el mítico delincuente que escapó de la cárcel de Santiago vestido de mujer.

No todo, sin embargo, fue delinquir. En 1945, y mientras cumplía condena en una prisión colombiana, su poema *Canto al café* obtuvo un premio del Ministerio de Justicia de dicha nación. Siempre encarcelado, aunque ya en Chile, recibe un nuevo galardón por su cuento *Doce pesos de amor*. La veta literaria se sigue desarrollando, hasta que a principios de los 60, y mientras alternaba la Penitenciaría con el Siquiátrico, uno de los médicos que se habían convertido en sus "protectores", se convierte en su cómplice para la elaboración de *El Río*.

"La escritura del libro fue una especie de terapia", afirma Rivano, mientras el escritor y periodista Luis Sánchez Latorre

(Filebo) señala que la aparición de la novela fue "una explosión de realismo social". Ambos coinciden en que los escritores de la Generación del 50 (Lafourcade, Donoso, Blanco) miraron con desprecio estas expresiones. "Sus modelos -sentencia Filebo- eran europeos o norteamericanos, y este realismo tan chileno les molestaba un poco. No había distancia entre la literatura y la vida, todo llegaba en bruto".

Este torrente, crudo, directo y lleno de imágenes, no pasó inadvertido, convirtiéndose en un "clásico de la miseria". Así al menos lo llamó Pablo Neruda -parafraseando a Maupassant-, en el prefacio de la traducción al francés de la obra llevada a cabo por Gallimard, en 1974. La prestigiosa editorial incluyó a *Le Río Mapocho* en su colección Du Monde Entier, que ya contaba a nombres como Joyce, Bernhard y Vargas Llosa. La crítica gala, en tanto, lo comparó con Jean Genet.

Este reconocimiento no impidió, en cualquier caso, que el autor -que trabajó también como periodista- hiciera constantes llamados de auxilio. Luego de la muerte de su primera mujer -Mayita, una ex prostituta mencionada en la novela- y la publicación de otros libros menos exitosos (como *La ciudad*), su suerte se comienza a sellar en una modesta casa de la población San Gregorio, donde se fue a vivir con su nueva mujer, un hijo de ésta y un par de gemelos de ambos. Cartas a varios medios -donde pidió una pensión de gracia e incluso llegó a ofrecer sus servicios como escritor de autobiografías- dan cuenta de la desesperación de un hombre que, según conocidos, no reparó en la autoindulgencia a la hora de describir su situación. "Era un hombre muy lloriqueador -recuerda Sánchez Latorre, por entonces presidente de la Sech-, hacía ostentación de su propio desamparo".

Su muerte, el 15 de agosto de 1984 y mientras aún esperaba que *El Río* fuese llevado al cine, pasó inadvertida. Así, Alfredo Gómez Morel cerró su propio círculo de marginalidad. Su epitafio, de hecho, podría hallarse en la introducción de su obra cumbre: "Necesito mucha ayuda para salvarme de mí mismo".

## CLASICOS DE LA MISERIA

Gómez Morel, como fenómeno literario, no fue un caso aislado. Por la misma época, Luis Rivano escribía *Esto no es el paraíso*, y Armando Méndez Carrasco -ex carabino-, como Rivano -publicaba *Chicago chico*. Ellos, junto a otros autores espontáneos, desarrollaron una vía alternativa de escritura, publicación y venta. "Nosotros -explica Rivano- sacábamos nuestros temas de la experiencia de las cosas, mientras la literatura oficial, la bien vista, era librería y se regía por las modas". Varias de estas obras hablaban de la delincuencia, la bohemia y los bajos fondos; de episodios casi anónimos que se vivían en San Diego o La Vega, o en poblaciones obreras, como ocurre con *Barrio bravo*, de Luis Cornejo. Sus autores conseguían créditos con las imprentas para efectuar autoediciones que luego vendían en fábricas, plazas, ferias y prostíbulos.

A tal nivel llegó la "especialización", de acuerdo con Filebo, que gente como Méndez Carrasco (también autor de *La mierda* y *El carretón de la viuda*) "escribía obras pensadas para los parroquianos de los bares, libros que tenían una carga casi pornográfica".

Era una literatura "con cojones", como la describe Alberto Fuguet, que incluso reconoce en estos libros el punto de partida para su última novela, *Tinta roja*. Miradas desde la crítica estricta, estas obras adolecen de variados ripsos y fallas. Lo que queda, sin embargo, es su innegable fuerza y virulencia.

